

LOS HIJOS DE SILVERIO



AUTOR: JUAN FRANCISCO ARANA RUPELO (BURGOS)

PROCEDENCIA: PRIMER PREMIO DEL II CONCURSO DE RELATOS CORTOS
“AULACE-FORO FARO CEUTA”

GÉNERO: RELATO CORTO

***Por ver a mi madre diera
un “deito” de mi mano,
el que más falta me hiciera.***

Popular

Aquella fecha había quedado marcada para siempre en la historia de mi pueblo. Imposible olvidarlo. El día 14 de Agosto del año cuarenta y siete, se disponían a celebrar las fiestas patronales de la Virgen y San Roque, y fue después de la ceremonia religiosa de vísperas, cuando aparecieron en la plaza, sobre sus respectivos caballos hispano-árabes, el sargento y el cabo de la Benemérita. Conducían camino del cuartelillo a dos hombres de a pie, con las ropas destrozadas, maniatados entre sí y con signos de violencia en sus rostros y brazos.

A la salida de la iglesia se habían agrupado los corrillos propios del lugar para escuchar el concierto. Estaban las beatas y las viudas enlutadas, hortelanos y jornaleros, empresarios y autoridades, caciques y clérigos, el alguacil, el barbero, y toda la chiquillería andante entre la que yo me encontraba. La banda, por eso, no quiso interrumpir la romanza de Katuska que habían iniciado, y continuaba sonando desde el templete.

Los jinetes, con sus gorros de charol, arrogantes y serios, los caballos poderosos e impacientes, y los reos cabizbajos, ultrajados y en silencio, avanzaban directo al cuartelillo. Detrás, la comitiva hacía conjeturas para adivinar en lo posible los acontecimientos. Corrió la voz enseguida.

-Son los fugados de la cárcel del Dueso.

Días atrás, se había comentado en el pueblo la noticia de que en la sierra se escondían dos presos políticos escapados del penal santanderino, y los “civiles” les tenían acorralados desde hacía unos días para apresarlos.

Casi al trote, los condujeron por la “acera de los ricos” hasta la Casa Cuartel y les dejaron encerrados en los calabozos. Allí se acabó el desfile. Se agolpaba el gentío a la puerta para hacer toda clase de comentarios gratuitos, detalles, fantasías y qué se yo qué sin fin de sabihondas suposiciones. Todos curioseaban y pretendían adivinar el destino de aquellos dos infelices condenados, al parecer, por “conducta política social irregular”.

Apareció el sargento en su balcón, engalanado para aquellos días de fiestas mayores, con la bandera y ricas colchas, e invitó a la multitud a abandonar la calle en tono autoritario y pujante.

-Por favor, señores, desalojen la vía pública, que este asunto no les concierne a ustedes, así que, cada mochuelo a su olivo. Hasta mañana.

Cuando llegué a casa, me esperaban todos impacientes. Ya habían cenado y mi padre fumaba un pitillo sentado frente a la chimenea, con los codos apoyados en las piernas. Levantó la mirada hacia mi altura, y, mientras removía las chispas del fuego de su cigarro con el dedo meñique, me dijo:

-Has estado viendo a los presos, ¿verdad?...

-Sí, le contesté.

De nuevo rascaba la brasa y siguió hablando.

-Pobre gente, son los hijos de Silverio. Resulta que a su padre le dieron el paseo en el treinta y seis por ser de la Casa del Pueblo, y estos pobres se la juegan ahora con esto. No hay derecho... Por lo visto venían a ver a su madre, que se debe estar muriendo.

Imposible dormir aquella noche, los rostros lesionados de los presos se agrandaban en mi mente y me perseguían. Me acosaba igualmente la imagen de su madre que, enferma y agotada, debiera esperar ansiosa su visita. Además se escuchaban a lo lejos las

verbenas de la plaza y su gente bulliciosa. El ti vivo, los cohetes, las parrandas con sus coplas y su cachondeo, y, la orquesta y su músicaailable. Yo no lograba borrar de mi cabeza la cara de pánico de los hijos de Silverio.

Al día siguiente, durante la procesión en que suben a San Roque de la ermita, pasamos de nuevo frente al cuartelillo, y cuando me fijé en las ventanas de los calabozos, volví a acordarme de los presos. Todo parecía normal, estaba el pueblo entero con su tono reverente y acicalado con sus mejores atuendos. Al rato, se volvieron a oír los comentarios.

-Dicen que esta noche se han ahorcado los dos hermanos en las celdas.

Busqué a mi padre correteando entre la multitud, y cuando le localicé, me agarré a su mano. De inmediato salimos de la procesión y me llevó con él al cuartelillo. Allí, confirmada la triste noticia, habló así con el sargento:

-Yo conocía a los muchachos y a sus padres, y podría ayudar a sepultarles. Ya sé que las autoridades eclesiásticas se niegan enterrar en lugar sagrado a estas víctimas.

Dentro del cuartelillo, mi padre siguió hablando con los guardias por espacio de una hora, por lo menos. Seguramente ultimando los detalles administrativos para ver qué hacer con aquellos pobres infelices. Yo le esperaba en la calle, y, cuando salió, tenía los ojos enrojecidos y el rostro descompuesto.

-Esta madrugada –me dijo ahogando un sollozo- hay que enterrarlos como perros, detrás de la tapia del camposanto. Ya ves, el padre en un barranco sin nombre y los hijos fuera del cementerio; todavía más infame, retorcido y vejatorio, si cabe.

Vi el cortejo entre dos luces. Con una mula blanca y el carro del estiércol, transportaban los cadáveres rebozados de arpillera. Detrás, la familia y allegados con picos y palas para ejercer de sepultureros. El Juez de Paz llevaba una carpeta de color azul y gomas blancas, seguramente con un acta dentro. Mi padre sujetaba el brazo de uno de ellos para evitar que colgase de aquel carro, y un sol majestuoso y espléndido se asomaba a las lomas y pinares de aquel pueblo, para asistir al entierro.

La viuda de Silverio fallecía en su alcoba esa mañana, sin sol ni compañía, tristemente resignada e ignorante del suceso; tan solo con la pena de no haberse despedido de sus hijos con un beso.